


**ENTRELAZANDO LAS BUENAS NUEVAS
CON LA VIDA COTIDIANA**



**LOS HILOS DEL
EVANGELIO**

DAVID PLATT

Y DAVID BURNETTE

ISBN: 979-8-9855655-7-7

Derechos de autor © David Platt y Radical, Inc.

Todos los derechos reservados.

Impreso en los Estados Unidos de América.

Publicado por Radical, Inc.

Traducción por Anabella Valverde.

Diseño editorial y adaptación de portada por Esteban Gramajo.

A menos que se indique lo contrario, todas las referencias son de la NBLA (Nueva Biblia de las Américas), derechos de autor © 2005 propiedad de The Lockman Foundation.

Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

TABLA DE CONTENIDOS

Introducción	1
<i>Hilo 1:</i> EL CARÁCTER DE DIOS	7
<i>Hilo 2:</i> LA PECAMINOSIDAD DEL HOMBRE	19
<i>Hilo 3:</i> LA SUFICIENCIA DE CRISTO	39
<i>Hilo 4:</i> LA NECESIDAD DE LA FE	55
<i>Hilo 5:</i> LA URGENCIA DE LA ETERNIDAD	73
Preguntas finales	89
Notas	98
Quién es David Platt	100
Qué es Radical	101

INTRODUCCIÓN

TENGO QUE ADMITIR QUE estaba un poco inquieto porque estábamos sentados, a las dos de la mañana, en una habitación del piso de arriba rodeados de hombres musulmanes que acababa de conocer, en un país donde es ilegal anunciar el evangelio a los musulmanes.

No obstante, allí estábamos, discutiendo una de las verdades más controversiales, desafiantes e incluso ofensivas del evangelio para muchos musulmanes: la deidad de Cristo. Increíblemente, estos musulmanes estaban abiertos a escuchar, porque eran testigos de la manera en que personas como Mark, Kim y Robert estaban viviendo sus vidas. Estos creyentes se habían ganado el derecho a ser escuchados por la forma en que juntos trabajaban en una empresa que operaba en este país. Eran honestos en el desempeño de sus trabajos, y honraban a las personas con las que trabajaban. También cuidaban de los que los rodeaban de maneras sorprendentes. El evangelio se había entrelazado de manera consistente en el tejido de sus interacciones con estos musulmanes. Como resultado, las personas estaban poniendo la fe en Cristo.

Ahora bien, tal vez te estés preguntando, ¿cómo es eso posible en un país donde es ilegal anunciar el evangelio?

HILOS ENTRELAZADOS

Mark, Kim y Robert me explicaron que su meta cada día es entrelazar los “hilos” del evangelio, es decir, las verdades centrales del evangelio, con cada interacción que tienen con los musulmanes. En cada conversación, en cada transacción de negocios, en cada reunión, ellos buscan oportunidades para hablar sobre quién es Dios y qué ha hecho por ellos en Cristo. Sin duda, no todas las conversaciones implican una presentación completa del evangelio de una hora de duración. Más bien, tratan de entrelazar de manera consistente los diversos hilos del evangelio con sus interacciones.

La oración de estos misioneros es que, con el tiempo, Dios abra los ojos de estos hombres y mujeres musulmanes para que puedan contemplar el tapiz del evangelio que se ha tejido delante de ellos. Mientras observaba este “entrelazado del evangelio” en acción, me sorprendió cuán natural (o debería decir *sobrenatural*) podía ser comunicar el evangelio. Pero eso me hizo preguntarme, ¿por qué comunicar el evangelio de ninguna manera parece natural para muchos seguidores de Cristo?

SUPERANDO OBSTÁCULOS

¿Por qué los auténticos seguidores de Jesús no lo proclaman con pasión y consistencia a los incrédulos? Pienso al menos en dos razones, y son la principal motivación para escribir este libro.

La primera razón por la que algunos de nosotros no comunicamos nuestra fe es porque no tenemos un sólido entendimiento de las verdades centrales del evangelio. Sabemos que Jesús murió por nuestros pecados, y vemos cambios en nuestras vidas, pero las cosas empiezan a ponerse difusas más allá de eso. Nos cuesta comunicar lo que la Biblia afirma sobre Dios, el pecado o la salvación. Por eso este libro proporciona una breve explicación de cinco verdades importantes, o lo que hemos denominado “hilos”, del evangelio: (1) el carácter de Dios, (2) la pecaminosidad del hombre, (3) la suficiencia de Cristo, (4) la necesidad de la fe, (5) la urgencia de la eternidad. Estas son verdades que todo discípulo de Jesucristo debe saber. Nosotros no anunciamos con regularidad lo que no entendemos con claridad.

La segunda razón, y quizás la principal, por la cual no comunicamos nuestra fe es el temor. En muchos lugares alrededor del mundo, hay repercusiones por identificarse con Jesús. Por ello, la persecución a menudo detiene el avance del evangelio. Para nosotros que no sufrimos ese nivel de persecución, el temor todavía está presente. Tememos el rechazo, e incluso más, tememos sentirnos incómodos o avergonzados.

El temor a sentirnos incómodos está arraigado en muchos de nosotros. Evitamos las conversaciones incómodas como si fueran la peste. Las cosas se pueden poner incómodas con gran rapidez cuando hablas sobre Jesús en tu trabajo o lo traes a colación con tu vecino. Pero no tiene que ser así. Los hilos del evangelio no tienen la intención de ser una intromisión incómoda en

nuestras conversaciones; sino de entrelazarse con todo lo que decimos y hacemos.

CÓMO USAR ESTE RECURSO

En las páginas siguientes encontrarás una explicación de cinco diferentes hilos del evangelio junto con sugerencias prácticas para que los entrelaces con tus conversaciones diarias. No son fórmulas para que todas las conversaciones sobre el evangelio sean fáciles. La Biblia nos enseña a esperar indiferencia, resistencia y oposición a nuestro mensaje (1 Corintios 1:22-23; 2 Timoteo 3:12). Por otra parte, queremos crecer en nuestra capacidad para dar testimonio sobre el carácter de Dios, la pecaminosidad del hombre, y otras verdades centrales del evangelio. Espero que esto te haga pensar en otras maneras en las que intencionalmente puedas entrelazar estos hilos.

Por último, mientras procuras comunicar el evangelio a los no creyentes, no te olvides que estás hablando con personas que se han rebelado contra Dios, que están separadas de Dios, y que están espiritualmente muertas sin Dios (más sobre esto en *hilo 2*). Por eso, comunicar el evangelio implica depender de Dios en oración. Solamente Dios puede salvar a las personas; solamente Él puede ablandar los corazones duros. Nuestro papel es simplemente entrelazar los hilos y confiar en que el Espíritu los use en las vidas de las personas.

Este recurso es una adaptación de la serie de sermones de David Platt titulada “Hilos”, que puede consultarse de forma gratuita en radical.net.

HILO UNO

EL CARÁCTER DE DIOS



ALGUNAS VECES LA MEJOR manera de comenzar es por el final. Mira cómo el último libro de la Biblia, Apocalipsis, describe el objetivo final de nuestra salvación:

“El tabernáculo de Dios está entre los hombres, y Él habitará entre ellos y ellos serán Su pueblo, y Dios mismo estará entre ellos”
Apocalipsis 21:3.

Ahí lo tienes, la recompensa final para cada seguidor de Jesucristo: ¡Dios habitará con sus seguidores para siempre! En cuerpos resucitados libres del pecado, de la tristeza, del sufrimiento, disfrutaremos de la comunión con Dios en una nueva creación sin fin. Eso es lo que Él ha hecho posible a través del evangelio.

Pero Dios no es solamente el objetivo final del evangelio; Él es también su Autor. En realidad, Él es el Autor, o el Creador, de todas las cosas y todas las personas, incluidos tú y yo (Génesis 1-2). Como nuestro Creador soberano, nosotros le pertenecemos (Salmos 100:3). Es razonable, entonces, que deseemos conocer a este Dios que nos creó y nos ofrece comunión eterna con Él mediante el evangelio. Todos deberíamos preguntarnos, ¿cómo es Dios?

Menos mal, no tenemos que hacer suposiciones cuando se trata del carácter de Dios. Él no nos dejó en la oscuridad. Como veremos en este capítulo, Dios se nos ha revelado en Su Palabra, y el retrato es impresionante. Examinaremos tres atributos de Dios: atributos fundamentales que debemos saber si queremos

entender el evangelio de manera correcta y comunicarlo con precisión.

DIOS ES SANTO

Cuando describimos el carácter de Dios, no hay mejor lugar para comenzar que la santidad de Dios. Este atributo es la esencia de lo que hace a Dios, exactamente eso, Dios. En Isaías 43:15, por ejemplo, Dios se identifica a Sí mismo de esta manera: “Yo soy el Señor, su Santo, el Creador de Israel, su Rey”.

Entonces, ¿qué significa para Dios ser santo? Significa que es extraordinario, el único de su clase. Él es diferente a nosotros, no solo porque es el Creador y nosotros somos criaturas, sino también porque Él es moralmente puro y está separado del pecado. Efectivamente, hemos sido hechos a la imagen de Dios, lo que significa que somos en cierto sentido un reflejo de Él. La Biblia se refiere a los creyentes como “santos” (Colosenses 1:4), lo que literalmente significa “apartados”. Sin embargo, Dios también es muy diferente a nosotros, porque no hay nada malo en Dios (1 Juan 1:5) y es exaltado muy por encima de cualquier criatura.

Cuando el profeta Isaías tuvo una visión del Señor sentado en Su templo celestial, los ángeles daban voces diciendo: “Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, llena está toda la tierra de Su gloria” (Isaías 6:3).

Pero alabar a Dios por Su santidad no es un asunto que compete solo a los ángeles. Es un tema importante de nuestra adoración. El salmista exclama: “Exalten al

Señor nuestro Dios, y póstrense ante el estrado de Sus pies; Él es santo” (Salmos 99:5). El mismo Jesús nos enseñó a orar: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre” (Mateo 6:9). Nuestras vidas, en otras palabras, deben estar motivadas por un deseo de honrar a nuestro Padre celestial por Su santidad. No ver o restar importancia a la santidad de Dios es tener una imagen distorsionada del Dios que se revela en la Biblia.

DIOS ES JUSTO

Otro aspecto importante del carácter de Dios es Su justicia perfecta e inflexible. Proverbios 17:15 declara: “El que justifica al impío y el que condena al justo, ambos son igualmente abominación al Señor”.

Como un buen Juez, Dios justifica al inocente y condena al culpable. Él considera abominación la injusticia. Dios solo hace lo que es correcto y justo. Esta imagen de Dios como un Juez perfectamente justo debe pararnos en seco.

La Escritura afirma que Dios “pagará a cada uno conforme a sus obras” (Romanos 2:6), una idea aterradora puesto que ninguno alcanzamos la gloria de Dios (Romanos 3:23), y hemos nacido muertos en nuestros pecados (Efesios 2:1). Entonces solo nos queda hacernos la pregunta más importante de la Biblia: ¿Cómo puede un Dios justo mirar a los pecadores culpables y llamarlos inocentes?

Si un juez en el sistema judicial declarara a sabiendas que los delincuentes son inocentes, ese juez debería

ser destituido en un santiamén. ¿Por qué? Porque no es justo en el ejercicio de su cargo.

También, si Dios simplemente pasara por alto el pecado, Su justicia y Su santidad serían cuestionadas. Dejaría de ser Dios. Veremos cómo se resuelve esta tensión en un capítulo posterior, pero por ahora necesitamos ver y sentir esta tensión. Un Dios justo no puede simplemente ignorar el pecado.

DIOS ES MISERICORDIOSO

Si la santidad y la justicia de Dios fueran Sus únicos atributos, no tendríamos ninguna esperanza. Y, seguramente no tendríamos un mensaje de esperanza para llevar al mundo. Es por eso que el tercer atributo de Dios, Su misericordia, es una buena noticia. Tito 2:11 afirma: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado, trayendo salvación a todos los hombres”.

Pablo le escribe a Tito sobre la misericordia de Dios que se demuestra en la venida de Cristo. Pero ¿qué significa para Dios ser misericordioso? La misericordia, o la gracia, es una de esas palabras que puede parecer ambigua, pero es fundamental para entender el evangelio.

Dios muestra Su misericordia al conceder Su favor de manera gratuita e inmerecida al culpable. No solo lo libra del castigo que merece, sino que también le da lo que nunca podría obtener. Nuestra redención y perdón emanan de “las riquezas de Su gracia” (Efesios 1:7), y esta gracia es un regalo “gratuito”, por el cual hemos sido declarados justos (Romanos 3:24). Esa palabra

“regalo” es importante porque, un regalo, por definición, no puede obtenerse por esfuerzo propio.

Las religiones alrededor del mundo están edificadas sobre hacer ciertas cosas, dar ciertos pasos, y observar ciertas reglas y normas, todo para ganar el favor de Dios (o los dioses). La buena noticia del evangelio, en cambio, es que Dios no requiere nada de nosotros para recibir Su favor. Como lo declara Pablo: “Él nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino conforme a Su misericordia” (Tito 3:5).

La gracia, el favor inmerecido de Dios, es nuestra única esperanza.

ENTRELAZANDO EL HILO 1: EL CARÁCTER DE DIOS

RECONOCE LA GLORIA DE DIOS EN LA CREACIÓN EN CADA OPORTUNIDAD QUE TENGAS.

- Hablar sobre la majestad de Dios (en un atardecer)...
- Resaltar el poder de Dios (en una tormenta)...
- Maravillarse de la sabiduría de Dios (en la complejidad de nuestros cuerpos)...

RECONOCE LA PRESENCIA DE DIOS EN ASPECTOS ESPECÍFICOS DE TU VIDA.

- Dios está haciendo algo en mi vida (de esta manera)...
- Dios me está bendiciendo (de esta manera)...
- Dios me está guiando (en esta dirección)...
- Dios me está dirigiendo (para tomar esta decisión)...
- Dios me está enseñando (esta verdad)...
- Dios me está mostrando (esto que no conocía)...

HABLA SOBRE LA SANTIDAD DE DIOS.

- Habla sobre Dios con temor y reverencia.
- Habla sobre ti mismo con humildad genuina.
- Señala los atributos que distinguen a Dios de las personas en este mundo.
- Señala las maneras en que Dios reina sobre los dioses de este mundo.

HABLA SOBRE LA JUSTICIA DE DIOS.

- Expresa confianza en Dios ante los demás, aun cuando las cosas no van bien.
- Expresa arrepentimiento ante Dios y otros cuando haces algo malo.
- Mientras trabajas por la justicia en el mundo, habla sobre el Juez del mundo.
- Mientras observas el mal y el sufrimiento en el mundo, habla con esperanza sobre el mundo por venir.

HABLA SOBRE LA MISERICORDIA DE DIOS.

- Resalta, de manera constante, las evidencias de la gracia de Dios en ti y a tu alrededor.
- Reconoce, de manera constante, que Dios es la fuente de todo lo bueno que hay en ti y a tu alrededor.
- Reconoce, de manera continua, tu necesidad de la gracia de Dios.
- Expresa, de manera continua, tu gratitud por la misericordia de Dios.



HILO DOS

**LA
PECAMINOSIDAD
DEL HOMBRE**



NO NOS GUSTA ADMITIR nuestras propias faltas. Si alguien señala que estamos equivocados, a menudo lo negamos o intentamos echarle la culpa a otros. No es de sorprender que el *hilo 2*, la pecaminosidad del hombre, resulte tan poco popular.

Como un espejo extremadamente limpio, una perspectiva bíblica del carácter de Dios (*hilo 1*) revela nuestras manchas desagradables. Es una experiencia poco favorecedora, lo cual es una razón por la que muchos cristianos no quieren echar un vistazo honesto. Es también por eso que les resulta difícil hablar sobre el pecado con los no creyentes. Al fin y al cabo, ¿quién quiere hablar de sus propios defectos? Sin embargo, las personas necesitan que se exponga su pecaminosidad si quieren ver su necesidad de la gracia y el perdón de Dios. Un paciente no aceptará la cura si no sabe que tiene una enfermedad grave.

Cuando consideramos la enseñanza bíblica sobre la pecaminosidad del hombre en el *hilo 2*, también encontraremos respuestas a preguntas como: “¿Quién soy yo?”, y “¿Qué está mal en el mundo?”. Estas preguntas tienen un lugar central en cada religión y cosmovisión. Es fácil ver que en el mundo hay muchas cosas que están mal: codicia, asesinato, egoísmo, explotación, deshonestidad. La lista es interminable. Ante estas realidades, la Biblia ofrece un diagnóstico singular.

UNA PARADOJA BÍBLICA

La realidad de que pecamos no implica que no tengamos ningún valor ante los ojos de Dios. El hombre es tanto depravado como digno. Estoy convencido que nos identificamos con esta paradoja al nivel más profundo. Podríamos establecerlo de esta manera: Cada uno de nosotros fue creado por Dios, pero está corrompido por el pecado. Si queremos entender y comunicar esta declaración debemos analizarla con detenimiento.

CREADOS POR DIOS

Todas las personas, incluyendo los no creyentes a quienes pensamos presentarles el evangelio, tienen un valor intrínseco como individuos creados para la gloria de Dios y creados a Su imagen (Génesis 1:26-27). Esto nos distingue de los animales, la naturaleza, y el resto de la creación. Dios mandó a Adán y a Eva (y a través de ellos a toda la humanidad) que se multiplicaran y ejercieran dominio sobre la creación (vv. 28-30). Las plantas y los animales no tienen esta clase de relación con Dios.

Como seres humanos, tenemos la capacidad para pensar lógica y racionalmente y tomar decisiones según un código moral. Tenemos una conciencia que nos ayuda a discernir el bien y el mal, y podemos escoger entre los dos. Tenemos la capacidad para el trabajo duro y la creatividad artística; somos innovadores e imaginativos; creamos; diseñamos; construimos; soñamos y bailamos; escribimos y componemos música. Tenemos

la capacidad de establecer relaciones significativas con otros; tenemos el deseo profundo de experimentar el amor. Pero, tristemente, esa no es la historia completa. Tenemos también la capacidad de pecar.

CORROMPIDOS POR EL PECADO

Pese a todos los rasgos que son dignos, cada uno de nosotros está corrompido por el pecado. Es una triste paradoja. Los portadores de la imagen de Dios de manera instintiva tienen pensamientos pecaminosos, albergan motivos pecaminosos, y cometen obras pecaminosas. John Stott lo expresó de esta manera:

Podemos pensar, escoger, amar, crear, adorar; pero también somos capaces de odiar, codiciar, luchar y matar. Los seres humanos son los inventores de los hospitales para el cuidado de los enfermos, de las universidades para la adquisición de conocimiento, y de las iglesias para adorar a Dios. Pero también han inventado las cámaras de tortura, los campos de concentración y los arsenales nucleares.

Esta es la paradoja de nuestra humanidad. Somos a un tiempo nobles e innobles, racionales e irracionales, morales e inmorales, creativos y destructivos, amantes y egoístas, semejantes a Dios y, a la vez, a las bestias.¹

Para entender el *hilo 2*, tenemos que ver lo que significa que cada uno de nosotros ha sido corrompido por

el pecado. Esta es una realidad que debemos tomar en serio si queremos entender y comunicar el evangelio.

UNA TRISTE Y DURA REALIDAD

Muchas personas sienten que su mayor problema en la vida es algo *allá afuera*. Ya sea su trabajo, su matrimonio, sus dificultades financieras, o algo más, se sienten insatisfechos debido a algún factor externo. Incluso muchos cristianos piensan en el pecado principalmente en términos de lo que sucede *afuera* en el mundo. Sin embargo, cuando se trata de lo que está mal en el mundo, la Escritura nos obliga a mirar hacia adentro.

Todo en nosotros ha sido corrompido por el pecado. Es un diagnóstico que para la mayoría de las personas es difícil de aceptar. Al fin y al cabo, ¿quién quiere escuchar sobre todas sus faltas? Tendemos a considerarnos esencialmente bienintencionados y de buen corazón, aunque nos equivocamos de vez en cuando. La Escritura, por su parte, pinta un retrato mucho más oscuro de nuestra condición espiritual. Consideremos tres aspectos de la corrupción del pecado en nuestras vidas.

1. NOS HEMOS REBELADO CONTRA DIOS.

La Escritura no se anda con rodeos cuando describe nuestra rebelión pecaminosa. En medio de una larga discusión sobre la pecaminosidad del hombre, el apóstol Pablo afirma en Romanos 3:12: “Todos se han desviado, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo

bueno, no hay ni siquiera uno”. Esa es una acusación punzante contra la humanidad—algunos dirían que incluso es una acusación injusta.

¿De verdad, *nadie* hace lo bueno?

La clave para entender Romanos 3:12 está en la primera frase: “Todos se han desviado”. Nos hemos apartado de Dios. Ninguno de nosotros ha glorificado a Dios como Dios. Todos lo hemos rechazado, y en nuestra rebelión estamos recreando el primer pecado que se narra en la Escritura. Dios le dijo a Adán y a Eva que no comieran del árbol, pero lo hicieron de todos modos (Génesis 3). Ellos no querían que Dios fuera Señor sobre ellos. Nosotros tampoco.

Detente y piensa por un momento en el Dios al que le estamos diciendo no. Este es el Dios que convoca a las tormentas cuando quiere, el Dios que le dice al viento cuándo sople, el Dios que le manda a la lluvia dónde caer. Él le dice a las montañas, “vas aquí”, y a los mares, “te detienes ahí”, y ellos hacen de inmediato!² Todo en toda la creación responde en obediencia al Creador... hasta llegar al hombre. Tú y yo tenemos la audacia de mirar a Dios en la cara y decir no. Esta es la esencia del pecado: Rechazar a Dios y escoger vivir una vida centrada en uno mismo.

El pecado invierte el orden del buen diseño de Dios. En vez de poner a Dios primero, a nuestro prójimo segundo, y yo último, nosotros en nuestra pecaminosidad nos ponemos en primer lugar, el prójimo segundo (a menudo para nuestro propio beneficio), y Dios en un distante tercer lugar, si acaso. Sin duda, probablemente

no diríamos: “me adoro a mí mismo”, pero una mirada honesta a nuestras vidas y nuestro vocabulario cuentan una historia diferente.

Hay (literalmente) cientos de palabras que tienen que ver con uno mismo: egoísta, autoestima, autoconfianza, autopromoción, gratificación personal, glorificación personal, autocompasión, autoaprobación, automotivación, y así sucesivamente. Al parecer necesitamos de un rico vocabulario para expresar la extensión de nuestra preocupación respecto a nosotros mismos. Esta preocupación por uno mismo se manifiesta de dos maneras: autocomplacencia y arrogancia. Veamos si puedes identificar uno (o ambos) de estos impulsos pecaminosos en tu vida.

Autocomplacencia

La autocomplacencia es lo que podríamos llamar el impulso irreligioso. Muchas personas se rebelan contra Dios al vivir sus vidas como quieren. Se deleitan en romper todas las reglas mientras que se entregan a los placeres, las actividades y las posesiones que sus corazones anhelan.

Arrogancia

Tan pecaminosa como la autocomplacencia, hay una expresión igualmente pecaminosa y tal vez incluso más peligrosa de nuestra rebelión contra Dios: la arrogancia. Me refiero principalmente a la gente religiosa.

Independientemente de la religión que profesan, estas personas tratan de hacer lo que Dios quiere. Van detrás del bien (y detrás de Dios) cumpliendo reglas, y suponen que si viven bajo ciertos preceptos morales, entonces Dios las bendecirá y las salvará. Tristemente, muchos que profesan ser cristianos caen bajo esta categoría.

Muchos que afirman seguir a Cristo creen que si oran, leen la Biblia, y asisten a la iglesia con regularidad los domingos, entonces Dios les mostrará Su favor y les concederá la vida eterna. Sin embargo, este enfoque aparentemente “cristiano” es rebelión contra Dios porque es un intento que hace la persona de salvarse a sí misma a través de las buenas obras. Tanto la arrogancia como la autocomplacencia pasan por alto el evangelio.

Si rompemos las reglas por autocomplacencia o las cumplimos por arrogancia, el problema de fondo es que todo gira en torno a nosotros. Queremos lo que queremos y (pensamos que) sabemos cómo conseguirlo. Sin embargo, lo que pensamos que resultaría para nuestro bien y nuestra libertad ha resultado en esclavitud. Jesús lo declaró así: “En verdad les digo que todo el que comete pecado es esclavo del pecado” (Juan 8:34). Esta declaración puede sonar como una exageración, pero así es como funciona todo pecado.

Considera el caso de un alcohólico: El hombre empieza bebiendo y piensa que ha encontrado el camino hacia la libertad y la satisfacción. Nadie puede decirle qué hacer. Pero antes de que lo sepa, su deseo por otro trago está fuera de control. La obsesión literalmente lo está matando. El hombre que pensaba que era libre

realmente es ahora un esclavo. Este es el caso de toda persona que está separada de Cristo, porque somos “esclavos a la impureza y a la iniquidad” (Romanos 6:19). En última instancia, todos nuestros esfuerzos por encontrar la felicidad y la libertad separados de Cristo son solamente síntomas de una esclavitud más profunda. Nos estamos rebelando contra el Único que puede satisfacer nuestras almas.

2. ESTAMOS SEPARADOS DE DIOS.

La consecuencia de nuestra rebelión pecaminosa contra un Dios santo es la separación de Él. Esta separación, según Romanos 3:23, es una realidad para todos nosotros: “por cuanto *todos* pecaron, y no alcanzan la gloria de Dios” (énfasis añadido). Quizás no queremos admitir que estamos separados de Dios, y que no *sentimos* siempre esta separación, pero sabemos de manera instintiva que el diagnóstico de la Biblia sobre la condición humana es verdad.

Nuestra separación de Dios es evidente en la manera en que nos relacionamos con Él. En el fondo sabemos que algo está mal, entonces nos alejamos de Él. Respondemos como hicieron nuestros primeros padres en Génesis 3 cuando el pecado entró en el mundo. Adán y Eva desobedecieron a Dios, y no le creyeron, y sintieron intensamente la separación:

Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; y cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales.

Y oyeron al Señor Dios que se paseaba en el huerto al fresco del día. Entonces el hombre y su mujer se escondieron en la presencia del Señor entre los árboles del huerto. Pero el Señor Dios llamó al hombre y le dijo: “¿Dónde estás?”. Y él respondió: “Te oí en el huerto, tuve miedo porque estaba desnudo, y me escondí” (Génesis 3:7-10).

Observa cómo el pecado conduce a la vergüenza, la culpa y el temor. Estas son reacciones familiares para cada uno de nosotros.

La vergüenza

Después de que Adán y Eva pecaron, de inmediato sintieron vergüenza, y trataron de cubrirse y tejieron hojas de higuera para esconder su desnudez. En esencia, nosotros hacemos lo mismo. Tratamos de hacer buenas cosas en nuestra comunidad para compensar nuestro comportamiento egoísta en casa. O damos dinero para una buena causa para lidiar con la culpa por evadir nuestros impuestos. Quizás usamos la religión, con la esperanza que nuestra asistencia a la iglesia oculte las cosas pecaminosas que hemos hecho en el pasado. Hay un sinnúmero de maneras en que tratamos de cubrir nuestra propia vergüenza.

La culpa

Adán y Eva no solamente experimentaron vergüenza, su pecado de hecho los hizo culpables delante de Dios. Y

cada uno de nosotros siente esta culpa, porque sabemos que hacemos cosas malas. Y utilizamos varias estrategias para superar nuestra culpa.

Muchas personas tratan de negar que existe tal cosa como el bien y el mal. Somos libres, dicen, de estándares morales inmutables y absolutos y la culpa que resulta al violar estos estándares. Sin embargo, ninguno puede con éxito eliminar el sentido del bien y del mal que Dios ha escrito en el corazón del hombre. Nuestras conciencias nos dan testimonio de la verdad. Además, los que afirman que lo que se considera moralmente bueno o malo es relativo o arbitrario están atrapados en una contradicción: ellos argumentan en que siempre debes estar de acuerdo con su opinión y que expresar una diferente se considera algo malo o inaceptable!

Otra estrategia que usamos para combatir la culpa es convencernos a nosotros mismos que ciertos estándares morales y expectativas son poco realistas. Que nosotros fallamos y hacemos cosas malas, porque, después de todo, solo somos humanos. O, el argumento de que ciertos principios morales son arcaicos y necesitan redefinirse. Deja de vivir con los principios morales de la Edad Media, afirman. La codicia no es algo malo: es parte de ser ambicioso. Jactarte de tu propio valor u obrar es lo más importante, así que no te sientas mal. La lujuria es algo natural tanto en hombres como mujeres, así que no esperes que el sexo se limite al matrimonio. Y ahí no termina la lista.

También tratamos con nuestra culpa de diferentes maneras físicas. Consumir alcohol y drogas pueden

servir como una vía de escape para nuestras conciencias culpables. O, como una opción menos extrema, nos volcamos en los negocios, nos dedicamos a los juegos, a los pasatiempos y a los deportes. Así podemos aligerar nuestra culpa. Quizás nos gusta mantener encendida la televisión o la música todo el día y la noche como un constante bombardeo visual y de sonido que nos protege del silencio de un alma culpable. Nuestros teléfonos inteligentes han hecho de esta una opción conveniente. Por último, cubrimos nuestra culpa con la religión e intentamos apaciguar a Dios al cumplir con Sus normas y preceptos. Creemos que podemos arreglar el problema de nuestros pecados. Pero, muy adentro, pese a nuestros denodados esfuerzos, sabemos que la culpa todavía nos separa de Dios.

El temor

El pecado no solo lleva a la culpa y a la vergüenza, sino también al temor. Adán y Eva se escondieron de Dios después de que pecaron, con miedo de presentarse ante Dios y hacerse responsables de su desobediencia. Esta clase de temor es universal. Lo he visto expresado entre los pueblos animistas y tribales que tratan de mantener aplacados a diferentes espíritus y dioses a través de danzas, festivales de oración, y sacrificios. Los curanderos y los sacerdotes ejercen dominio sobre grupos enteros de personas que están cautivos por el miedo. Aunque nuestras respuestas pueden tener un aspecto diferente, cada uno de nosotros tiene diferentes temores con los

cuales lidiar: el fracaso, la soledad, la falta de sentido en la vida, la enfermedad o el desastre. En última instancia, el temor a la muerte. El temor a nuestra propia mortalidad, y lo que hay más allá de la tumba, es una realidad para cada ser humano.

Nuestra vergüenza, culpa y temor son el resultado de estar separados de Dios por causa de nuestro pecado. Y para empeorar las cosas, esta separación no es algo que nosotros podamos evitar.

3. ESTAMOS MUERTOS SIN DIOS.

Muertos. Eso parece exagerado. ¿No podríamos decir que solo nos hemos equivocado o que necesitamos una sanación espiritual? Al fin y al cabo, no siempre nos *sentimos* muertos. Muchos no creyentes son optimistas, amables, y, por su apariencia externa, llenos de vida. Sin embargo, la Biblia es clara sobre nuestra condición espiritual separados de Cristo: “[Ustedes] estaban muertos en sus delitos y pecados en los cuales anduvieron en otro tiempo” (Efesios 2:1-2). La Biblia también se refiere a la muerte como la paga que hemos ganado por nuestro pecado (Romanos 6:23).

Piensa en el pecado como nuestro empleador: trabajamos duro para él año tras año, algunas veces con gran entusiasmo y algunas veces con gran desaliento, y con todo, al final de todo nuestro duro trabajo, nuestra remuneración es muerte.

Esta realidad de estar muertos, separados de Dios se expresa de dos formas principales: muerte física y

muerte espiritual. Cada ser humano enfrenta la trágica realidad de la (eventual) muerte física como resultado del primer pecado en Génesis 3. Pero la muerte física no es la pena máxima por el pecado. Cuando la Biblia se refiere a la muerte como nuestra paga, la recibimos finalmente con la muerte espiritual y eterna. Esto puede parecer un castigo injusto, pero es razonable cuando consideras contra quién estás pecando.

Dios es infinitamente justo y santo, así que cuando cometemos un pecado contra Él merecemos un castigo infinito. ¡Y hemos cometido millones de ellos! Entonces, como si las cosas no pudieran empeorar más, la Biblia enseña que somos completamente incapaces de salvarnos de esta terrible condición. Un hombre muerto no puede darse vida a sí mismo.

Si nuestro problema es que simplemente hubiéramos fallado o hubiéramos hecho algunas cosas malas, entonces cualquier religión con una lista de buenas obras sería suficiente. Pero si nuestro problema es que estamos muertos sin Dios, entonces solamente el evangelio de la gracia de Dios que da vida, una gracia que viene a nosotros, será suficiente. Por eso necesitamos con urgencia oír sobre la suficiencia de Cristo en el *hilo* 3.

ENTRELAZANDO EL HILO 2: LA PECAMINOSIDAD DEL HOMBRE

HABLA A TODAS LAS PERSONAS Y SOBRE TODAS LAS PERSONAS CON RESPETO, COMO INDIVIDUOS CREADOS A LA IMAGEN DE DIOS.

BUSCA INTENCIONALMENTE OPORTUNIDADES PARA ANIMAR A OTROS POR LA GRACIA DE DIOS.

HABLA CON CONFIANZA TENIENDO EN CUENTA EL PODER REGENERADOR DE DIOS.

HABLA SOBRE NUESTRA REBELIÓN.

- Reconoce la realidad del pecado en nosotros y a nuestro alrededor.
- Reconoce la raíz del pecado en nosotros y a nuestro alrededor.
- Habla con honestidad sobre nuestra inclinación a pecar.
- Habla sobre el pecado en todas sus manifestaciones.
- Habla sobre el pecado teniendo en cuenta su poder.

HABLA SOBRE NUESTRA SEPARACIÓN.

- Habla con humildad sobre la gravedad del pecado.
- Que los efectos del pecado sean los que conformen la manera en que hablas sobre la salvación.
- En las conversaciones sobre la culpa, habla sobre el perdón en Cristo.
- En las conversaciones sobre la vergüenza, habla sobre el honor en Cristo.
- En las conversaciones sobre el temor, habla sobre la libertad en Cristo.

HABLA SOBRE NUESTRA CONDICIÓN DE MUERTE.

- Reacciona ante la muerte de los no creyentes con respeto, honestidad según las verdades bíblicas, humildad personal, angustia desgarradora y determinación que da vida.
- Reacciona ante la muerte de los cristianos con tristeza profunda, alegría constante, adoración sincera, y esperanza inquebrantable.
- Señala constantemente a nuestra dependencia de Dios (para ayuda, dirección, provisión, etc.).
- Señala constantemente a nuestro anhelo profundo por Dios (para nuestra vida física y eterna).



HILO TRES

LA SUFICIENCIA DE CRISTO



ALGUNAS PREGUNTAS NOS MANTIENEN despiertos en la noche. ¿Con quién me debería casar? ¿Qué trabajo debería tomar? ¿Cómo voy a poder pagar mis cuentas? O, si estás pensando en una escala mayor, ¿cómo puede haber paz en un mundo tan turbulento y dividido? Estas son preguntas importantes, sin duda, pero desde el punto de vista de la Biblia, hay una pregunta mucho más importante, el mayor dilema del mundo: “¿Cómo puede un Dios santo salvar a los pecadores rebeldes que están sujetos a Su juicio?”

Tristemente, ese no es el problema por el que están preocupadas la mayoría de las personas. ¿Cuántas personas no pueden dormir pensando en cómo Dios puede amar a pecadores como nosotros? En cambio, la mayoría levanta un dedo acusador a Dios preguntándole: “¿Cómo puedes dejar que la gente buena vaya al infierno?”. Ellas ni siquiera están pensando en que un Dios justo está permitiendo que gente culpable vaya al cielo.

Cuando entendemos los primeros dos hilos del evangelio –el carácter de Dios y la pecaminosidad del hombre– ya no preguntamos por qué Dios considera difícil perdonar nuestros pecados. En cambio, empezamos a preguntarnos cómo Dios considera *posible* perdonar nuestros pecados. Porque Dios es santo y perfectamente justo implica que nuestro pecado debe castigarse (Romanos 6:23). Esto es lo que implica para Dios ser un Juez justo. Pero Dios muestra Su gracia, gratuita e inmerecida, al culpable (Tito 2:11). Entonces ¿cómo puede Dios mostrar Su amor que salva cuando Su carácter

justo requiere condenarnos? Esta tensión sienta las bases para el *hilo* 3, la suficiencia de Cristo.

LA SOLUCIÓN DE DIOS AL DILEMA

Vivimos en un mundo saturado con opciones religiosas, y muchas personas creen que, al final, todas llevan al mismo lugar. Ninguna religión es superior o inferior a las demás. La idea de que Jesús es el único camino para reconciliarse con Dios se percibe como absurda, anticuada, arrogante, intolerante e injusta. Sin duda, hay más de una manera correcta.

Sin embargo, una vez que entendemos quién es Dios y quiénes somos nosotros, solo surge una solución. Solo Jesús puede quitar nuestro pecado y restaurar nuestra relación con Dios. ¿Qué es lo que hace que Jesús sea el único que cumple los requisitos para este papel? Analizaremos los dos requisitos que lo distinguen de cualquier otra figura religiosa en la historia: (1) quién es Jesús y (2) qué ha hecho Jesús. Aquí reside la clave del dilema divino.

QUIÉN ES JESÚS

Con toda franqueza, nos enfrentamos a un misterio cuando se trata de explicar quién es Jesús. Por un lado, vemos la humanidad de Jesús. Su humildad fue evidente para todos, por lo que incluso los eruditos seculares afirmarían que Jesús fue un buen hombre en la historia de la religión. Las personas se identifican con Jesús porque

no tuvo una vida protegida de las duras realidades de la vida. Estaba familiarizado con el dolor, las dificultades, el sufrimiento. Y la gente no solo se identifican con Jesús, también lo admira. Incluso para nosotros en el siglo XXI, esta figura judía del siglo I es atractiva:

- Fue amoroso y bondadoso.
- Defendió la causa de los pobres y los necesitados.
- Se hizo amigo de los olvidados, los débiles y los oprimidos.
- Pasó tiempo con los despreciados y los rechazados.
- Amó a Sus enemigos y enseñó a los demás a hacer lo mismo.

Cuando Jesús fue atacado feroz e injustamente, nunca tomó represalias. Sin embargo, un examen cuidadoso de Jesús revela una combinación de humildad y egocentrismo.

Jesús siempre habló sobre Sí mismo: “Yo soy el pan de vida” (Juan 6:35), “Yo soy la luz del mundo” (8:12); “Yo soy el buen pastor” (10:11). Y, Jesús llamaba a la gente constantemente a seguirlo (Mateo 4:19; Marcos 8:34). “Vengan a Mí”, declaró, “y Yo los haré descansar” (Mateo 11:28). Vemos que Jesús enfatizó Su deidad, incluso hizo afirmaciones extravagantes sobre Sí mismo. John Stott escribió:

Una de las cosas más extraordinarias que Jesús hizo a través de sus enseñanzas (y lo hizo de un modo tan discreto que mucha gente lee los Evangelios sin

darse cuenta de ello) fue situarse al margen de todos los demás. Por ejemplo, al afirmar que Él era el buen pastor que salía al desierto a buscar su oveja perdida, estaba implicando que el mundo estaba perdido, que Él no lo estaba, y que podía buscarlo y salvarlo...

Estas son afirmaciones que dejan sin respiración. Jesús era carpintero de oficio. Nazaret era un oscuro pueblo en el extremo del Imperio Romano. Nadie fuera de Palestina habría oído acerca de Nazaret. Y, sin embargo, ahí estaba Él, afirmando ser el Salvador y Juez de toda la raza humana.³

No cabe duda que Jesús creía que era único y divino. Sus afirmaciones, entonces, nos dejan con pocas opciones. Como nos recuerda C. S. Lewis, si las afirmaciones extraordinarias de Cristo eran falsas y Él sabía que eran falsas, entonces Jesús era un descarado mentiroso. Si estas afirmaciones eran falsas pero Jesús pensaba que eran verdaderas, entonces Jesús era un lunático, un narcisista delirante que creía que Él era el Salvador del mundo! Pero, si las afirmaciones que hizo Jesús sobre Sí mismo *son* verdaderas, entonces Él es realmente Señor de todo. Lewis escribió:

Estoy tratando de evitar que alguien diga la auténtica estupidez que algunos dicen acerca de Él: Estoy dispuesto a aceptar a Jesús como un gran maestro de moral, pero no acepto su afirmación de ser Dios. Eso es precisamente lo que no debemos decir. Un

hombre que fue meramente un hombre y que dijo las cosas que dijo Jesús no sería un gran maestro de moral. Sería un lunático, al mismo nivel del hombre que dice ser un huevo hervido, o si no, sería el mismísimo demonio. Debes escoger. O ese hombre era, y es, el Hijo de Dios, o era un loco o algo mucho peor. Puedes hacerlo callar... escupirle y matarlo como si fuese un demonio, o podéis caer a sus pies y llamarlo Dios y Señor. Pero no salgamos ahora con ideas absurdas de que fue un gran maestro de moral. Él no nos dejó abierta esa posibilidad. Él no tenía la intención de hacerlo.⁴

No hay nadie como Jesús. Pero no es solo quién es que lo hace diferente. Él también es único por lo que ha hecho.

LO QUE HA HECHO JESÚS

¿Qué ha hecho Jesús que lo hace único? Nos centraremos en tres aspectos fundamentales de la obra salvífica de Cristo: Su vida, Su muerte y Su resurrección.

1. Jesús vivió la vida que nosotros no podíamos vivir.

Jesús fue y es completamente humano, como tú y como yo. Sin embargo, Él es diferente de cualquier otro hombre y mujer en la historia, porque Él no cometió pecado. El apóstol Juan lo expresó así: “Ustedes saben que Cristo se manifestó a fin de quitar los pecados, y en Él no hay pecado” (1 Juan 3:5). A diferencia nuestra,

Jesús nunca se rebeló contra Dios. Fue tentado “en todo como nosotros, pero sin pecado” (Hebreos 4.15).

Son buenas noticias para los pecadores como nosotros que Jesús experimentó tentación, porque se puede identificar con nosotros cuando somos tentados. Él triunfó sobre el pecado, no solo al ir a la cruz, sino además al vivir una vida de perfecta obediencia a Dios el Padre. Cristo está, por lo tanto, excepcionalmente calificado para ser un sustituto de los pecadores, mientras que todos los demás líderes religiosos son culpables ante Dios. Las personas culpables no pueden pagar su propia deuda, mucho menos por otras personas culpables.

2. Jesús murió la muerte que nosotros merecemos morir.

Como vimos anteriormente, nuestro pecado ante un Dios infinito merece una condenación infinita (ver *hilo 2*). Solo Cristo, Dios en la carne, puede pagar el precio infinito que deben los hombres y las mujeres por su pecado. Jesús es el único que posee todos los atributos y características necesarios para sustituirnos porque Él es plenamente divino.

La fe cristiana pone un énfasis especial en la muerte de Jesús. Para otros líderes religiosos en el mundo, el énfasis está en sus vidas, enseñanzas y ejemplos. Sus muertes fueron el trágico final de la historia: Mahoma a los 62, Confucio a los 72, “el Buda” a los 80, o Moisés a los 120. La muerte de estos líderes marcó el final de sus misiones. Con Jesús, no obstante, es exactamente lo opuesto.

Jesús constantemente habló sobre Su propia muerte, y los Evangelios dedican una cantidad desproporcionada de tiempo a los días que preceden a Su crucifixión. Por eso el símbolo central del cristianismo en los últimos 2000 años ha sido la cruz; por eso la adoración de la iglesia cuando se reúne incluye un pedazo de pan, que simboliza el partimiento del cuerpo de Jesús, y una copa, que simboliza el derramamiento de Su sangre. Pero, esto nos deja con una pregunta: ¿Cómo puede ser la muerte de Jesús una buena noticia?

La muerte es el pago por el pecado (Romanos 6:23), pero Jesús no tenía pecado. Por lo tanto, Su muerte tenía otro propósito:

Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia, porque por Sus heridas fueron ustedes sanados (1 Pedro 2:24).

Jesús murió en *nuestro* lugar por *nuestros* pecados. Él asumió el castigo que nosotros merecemos. Se puede decir que el concepto de la sustitución está en la base tanto del pecado como de la salvación. Si la esencia del pecado es el ser humano que sustituye a Dios con su propia persona, entonces se deduce que la esencia de la salvación es Dios que sustituye al ser humano con su propia persona. Esa es la respuesta al dilema divino.

Dios puede salvar a los pecadores rebeldes, a quienes les corresponde el juicio, al llevar ese juicio sobre Sí mismo. En la cruz, Dios expresa Su juicio sobre el

pecado, sufre Su juicio contra el pecado, y hace posible la salvación para los pecadores. En la cruz concurren la justicia santa y el amor santo de Dios: Dios derrama el juicio que merecemos y, en la persona de Su Hijo, paga el precio por nuestro pecado, ofreciendo el perdón y la redención al hombre. ¿Aborrece Dios el pecado? Sí, imira la cruz! ¿Ama Dios a los pecadores? Sí. ¡Mira la cruz!

3. Jesús conquistó al enemigo que no podemos conquistar.

Quiero ser cuidadoso para no implicar que la muerte de Jesús fue una derrota temporal, como si la victoria no hubiera venido hasta la resurrección. No es así como la Biblia narra esta historia. La muerte de Jesús, por sí sola, fue una victoria. Dios clavó en la cruz “el documento de deuda que consistía en decretos contra nosotros”, y con ello “[despojó] a los poderes y autoridades, hizo de ellos un espectáculo público, triunfando sobre ellos por medio de Él” (Colosenses 2:14-15).

Jesús obedeció al Padre hasta la cruz. El diablo no tuvo ninguna oportunidad. La victoria que se ganó en la cruz preparó el escenario para que esa victoria fuera confirmada y declarada tres días después cuando Jesús se levantó de los muertos. Escucha las palabras triunfantes de Jesús en Apocalipsis 1:18: “y el que vive, y estuve muerto. Pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades”.

Es aquí donde el cristianismo se sostiene o cae: la resurrección de Jesucristo. Si Jesús no resucitó, entonces

los seguidores de Cristo son “de todos los hombres, los más dignos de lástima” (1 Corintios 15:19). La resurrección fue una confirmación pública de la vida y la muerte de Cristo. Él estaba anunciando al mundo que la vida sin pecado de Cristo y Su muerte en la cruz por los pecados eran aceptables. La resurrección confirmó todo lo que Cristo enseñó, incluso Sus profecías sobre Su resurrección. Sin la resurrección, por otro lado, todo nuestro sistema de creencias no tiene sentido. Pero si Jesús se levantó de los muertos, entonces este único evento tiene implicaciones masivas y de largo alcance para cada persona sobre el planeta y cada persona a lo largo de la historia.

Para aclarar, cuando la Biblia habla sobre la resurrección de Jesús, no habla sobre reanimación o reencarnación. Cristo murió en una cruz, fue preparado para su sepultura, y fue colocado en una tumba sellada por una piedra. Luego, después de tres días, la piedra fue removida, y el cuerpo de Cristo ya no estaba. Él estaba vivo y se apareció (físicamente) a muchos (1 Corintios 15:5-8). De esa clase de resurrección habla la Biblia.

Entonces ¿cómo afecta Su resurrección la manera en que vemos a Cristo? Considera tres maneras. La primera, la resurrección de Cristo implica que Él es Señor sobre la vida y la muerte. Ninguna persona puede determinar cuánto vive, ni puede ella misma volver a la vida. Pero eso es exactamente lo que Jesús hizo.

La segunda, la resurrección de Cristo implica que Él es Señor sobre el pecado y Satanás. Satanás utiliza la muerte como un arma para infundirnos temor, pero

Jesús ha desarmado a Satanás. Cristo destruyó a “aquel que tenía el poder de la muerte, es decir, el diablo, y librar a los que por el temor a la muerte, estaban sujetos a esclavitud durante toda la vida” (Hebreos 2:14-15). Así que no importa si enfrentamos la vida o la muerte, el pecado o Satanás, podemos declarar con confianza:

“¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde, oh sepulcro, tu aguijón?”. El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley; pero a Dios gracias, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Corintios 15:55-57).

Por último, la resurrección de Cristo implica que Él es Señor sobre ti y sobre mí. Esta es la confesión fundamental cristiana en el Nuevo Testamento: “que si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo” (Romanos 10:9). La resurrección comunica con fuerza y claridad que Jesús reina sobre nosotros porque tiene la autoridad absoluta y máxima, y que nos ama profundamente.

Jesús vino a vivir la vida que no podíamos vivir, morir la muerte que merecemos morir, y conquistar el enemigo que nunca podíamos conquistar: la muerte. Y todo lo hizo para salvarnos de nuestros pecados. Él es suficiente para salvarnos.

ENTRELAZANDO EL HILO 3: LA SUFICIENCIA DE CRISTO

HABLA INTENCIONALMENTE SOBRE JESÚS.

HABLA SOBRE LA VIDA DE JESÚS.

- Busca oportunidades para destacar el ejemplo que Jesús nos dio.
- Busca oportunidades para reconocer y agradecer la obra de Jesús en nosotros.
- Busca oportunidades para señalar cómo Jesús se identifica con nosotros.

HABLA SOBRE LA MUERTE DE JESÚS.

- Nunca dejes de enfatizar la gravedad del pecado.
- Nunca dejes de hablar sobre tu gratitud por Cristo y lo que hizo.

HABLA SOBRE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS.

- Habla de las dificultades con esperanza.
- Habla de la muerte con gozo.



HILO CUATRO

**LA
NECESIDAD
DE LA FE**



IMAGINA QUE TIENES A un tío, del cual no has sabido desde hace mucho tiempo, que es extremadamente rico. La fortuna que deja atrás sería más que suficiente para cubrir tus necesidades (¡y deseos!) por el resto de tu vida. Luego imagina que, para tu gran sorpresa, este tío te envía una carta para comunicarte que quiere hacerte su heredero de todo su patrimonio. ¡Pronto, la casa, los carros, las cuentas bancarias, todo, será tuyo! Solamente una cosa se interpone entre tú y esa herencia masiva.

Tienes que abrir el sobre.

Este regalo inesperado no te hará ningún bien a menos que mires dentro del sobre. Si lo tiras a la basura con el resto del correo que solo anuncia productos, perderás una fortuna. Esta generosa herencia es un regalo, pero debe recibirse.

Pudimos ver en el *hilo* 3, la suficiencia de Cristo, que el regalo de Dios para indignos pecadores es la salvación mediante la vida, la muerte y la resurrección de Cristo. Sin embargo, al igual que cualquier regalo, el regalo de la vida eterna debe recibirse. Ninguno va al cielo simplemente porque Cristo murió, una triste y dura realidad que exploraremos en el *hilo* 5. Por ahora, la pregunta que debemos hacer es esta: ¿Cómo puedo recibir la salvación que Dios ha provisto a través de Su Hijo, Jesucristo? Responder a esa pregunta es el punto del *hilo* 4: la necesidad de la fe.

EVITAR LOS DOS EXTREMOS

Según una encuesta, tres de cada cuatro estadounidenses se identifican como cristianos.⁶

Eso es un 75% de la población que afirma tener fe en Cristo, lo cual parece alentador. No obstante, la definición de “fe” varía ampliamente, tanto en nuestra cultura como en la iglesia hoy. Si a eso añadimos los diversos conceptos de Dios en la cultura, entonces puedes ver que estas estadísticas son engañosas. Necesitamos la Biblia para aclarar la confusión. Cuando se trata de definir la fe, tenemos la tendencia peligrosa de oscilar entre dos extremos. Diluimos la definición bíblica de fe o la complicamos.

UNA FE DILUIDA

Es posible reducir de tal manera lo que significa tener “fe” al punto que la palabra se vuelve irrelevante. Casi todas las personas ebrias que he conocido en la calle creen en Jesús. Decenas de personas alrededor del mundo afirman que creen en Jesús, pero sus corazones y sus vidas están lejos de Él. Hasta los demonios creen (Santiago 2:19).

Diluimos lo que significa creer en Jesús cuando damos por sentado que alguien es cristiano simplemente porque está de acuerdo con ciertas verdades o repite ciertas palabras. Este error es común hoy en día, pero no es nuevo. Jesús dijo que muchos se pararán delante de Él en el último día y lo llamarán “Señor”, incluso

afirmarán haber hecho grandes prodigios en Su nombre. Sin embargo, trágicamente, les dirá: “Jamás los conocí” (Mateo 7:21-23). Esta clase de fe diluida es mortal: eternamente mortal.

UNA FE COMPLICADA

Para protegerse contra el error de una fe diluida, algunos cristianos bien intencionados se van al otro extremo del espectro. Ellos complican tanto la fe que se hace difícil saber si alguien la tiene. Por ejemplo, si la fe en Cristo conlleva un compromiso con Él, ¿cómo puedo saber si estoy suficientemente comprometido? O, si la fe implica rendirse a Cristo, ¿cómo puedo saber si me he rendido lo suficiente?

En el proceso de tratar la fe con seriedad y reaccionar contra el bajo costo del discipulado en el cristianismo contemporáneo, podemos, sin proponernoslo, hacer que la fe parezca más complicada de lo que debe ser. El resultado es que los seguidores de Cristo permanecerán insatisfechos o ansiosos. Con urgencia, necesitamos que la Biblia nos dé la correcta perspectiva sobre la fe.

TENER LA PERSPECTIVA CORRECTA

No entenderemos la fe bíblica y verdadera hasta que entendamos la *meta* de la fe y el *papel* de la fe. Estos dos aspectos se reflejan en esta simple (pero profunda) declaración: *Podemos restaurar nuestra relación con*

Dios solamente a través de la fe en Jesús. Analizaremos la primera parte de esta declaración –podemos restaurar nuestra relación con Dios– para identificar la correcta motivación para creer.

LA META DE LA FE

Quizás te sorprenda saber que la meta de creer en el evangelio no es la felicidad ni la alegría ni la paz ni la satisfacción. Ni siquiera es el cielo. No son cosas malas, pero no son la meta del evangelio. La meta es Dios. Restaurar nuestra relación con Dios es la razón primaria por la cual venimos a Cristo. Sin duda, hay muchas bendiciones que fluyen de esta restauración, entre ellas que nuestro problema del pecado se resuelve.

Quizás recuerdes del *hilo 2* que el pecado ha hundido al hombre en la culpa, la vergüenza y el temor. Todo esto cambia cuando se restaura nuestra relación con Dios. Como un Juez justo, Él anula nuestra culpa; como un buen Padre, remueve nuestra vergüenza al adoptarnos en Su familia; como un Rey conquistador, Él vence nuestro temor al conquistar la muerte misma. Dios hace todo esto sobre la base de la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo (ver *hilo 3*), que nos lleva al papel de la fe. La restauración de nuestra relación con Dios viene solamente *a través de la fe en Jesús.*

EL PAPEL DE LA FE

Muchas personas en nuestra cultura afirman que tienen fe, pero tenemos que hacer una pregunta aclaratoria: ¿Fe en qué? ¿Fe en nosotros mismos? ¿Fe en alguna noción vaga de un Dios que vela por nosotros? ¿Fe en nuestra propia fe? Ninguna de estas respuestas refleja la idea bíblica de la fe, la clase de fe que restaura nuestra relación con Dios. Consideremos la fe en relación con tres aspectos de nuestra salvación: la base de nuestra salvación, el medio de nuestra salvación y la evidencia de nuestra salvación.

1. La base

No comprenderemos plenamente el evangelio si no vemos a Jesús como la base de nuestra salvación. Nunca podríamos comparecer ante Dios y pretender ser justos, pues nada podemos hacer—no importa cuán comprometidos o radicales seamos—para cubrir nuestra rebelión contra Él. No dependemos de nosotros mismos, ni siquiera de nuestra fe, para estar bien con Dios. El único camino para que cualquiera sea declarado justo delante de Dios es a través de la justicia de otra persona, es decir, de Cristo. La restauración de nuestra relación con Dios se basa únicamente en la vida, la muerte y la resurrección de Jesús.

2. *El medio*

Si Jesús es la base de nuestra salvación, entonces ¿qué papel tiene la fe? La fe es el *medio* por el cual la salvación que se ofrece en Cristo se aplica a nosotros. Si pensamos sobre la salvación como un regalo, entonces la fe es la mano que recibe el regalo. Pero ¿por qué la fe es el único medio de salvación? ¿Por qué no el amor, o la humildad, o el gozo, o la sabiduría? Porque la fe es lo opuesto a toda obra.

La fe reconoce que no hay nada que puedas hacer para estar bien con Dios; debes confiar en lo que Dios ha hecho por ti en Cristo. La fe es la única actitud del corazón que es exactamente lo opuesto a depender de ti mismo. La fe le dice a Dios: “¡Me rindo! Nunca podré en mi propia fuerza estar bien contigo, así que confío en Ti y dependo de Ti completamente para hacer lo que yo no puedo hacer”. Esta clase de fe es totalmente incompatible con la idea de que nuestras buenas obras pueden de alguna manera hacernos justos delante de un Dios perfectamente santo. Sin embargo, como veremos a continuación, eso no significa que nuestras buenas obras y obediencia sean irrelevantes para seguir a Cristo.

3. *La evidencia*

Si Cristo es la base de nuestra salvación y la fe es el único medio para recibir la salvación, entonces ¿cómo encajan nuestras obras en la ecuación? En vez de considerar nuestras obras como una manera de ganar la salvación,

como lo enseñan otras religiones, la Biblia declara que las buenas obras son la evidencia de nuestra salvación. La fe bíblica necesariamente lleva a las buenas obras. En otras palabras, la fe actúa. Eso es lo que Santiago nos dice repetidas veces: “¿De qué sirve, hermanos míos, si alguien dice que tiene fe, pero no tiene obras? ¿Acaso puede esa fe salvarlo? (Santiago 2:14). La respuesta implícita es *no*, por eso, más adelante, Santiago llama “muerta” a la clase de fe que no produce obras (v. 17).

Cuando tu alma descansa sobre la gracia de Cristo, empiezas a amar como Cristo ama, a caminar como Cristo camina, y a dar tu vida por los demás como Cristo dio Su vida por ti. Y estas no son obras hechas en un vano intento por ganar el favor de Dios. Estás justificado ante Dios basado únicamente en la obra de Cristo; tus obras son el fruto, o la evidencia, de tu fe.

VER EL CUADRO COMPLETO

Después de haber aclarado la meta y el papel de la fe, todavía hay un malentendido peligroso que debemos evitar. Es posible que creas que Jesús es el único camino a Dios, e incluso quererlo como tu Salvador, pero te niegas a apartarte de tu pecado y someterte a Su señorío. A esto se reduce la fe para muchos que afirman ser cristianos. Esta no es la fe según la Biblia. Como veremos, no hay fe sin arrepentimiento. Jesús no puede ser tu Salvador si lo rechazas como tu Señor.

EL ARREPENTIMIENTO Y LA FE

Para ver la relación estrecha entre el arrepentimiento y la fe, basta con mirar las primeras palabras de Jesús en el Evangelio de Marcos: “El tiempo se ha cumplido... y el reino de Dios se ha acercado; arrepíentanse y crean en el evangelio” (Marcos 1:15).

Arrepentirse y creer. Estas dos palabras aparecen repetidamente en el resto del Nuevo Testamento.⁷ Por ejemplo, después de que Pedro predica su primer sermón, las personas se entristecen por su pecado y preguntan: “Hermanos, ¿qué haremos?”. La primera palabra que pronuncia Pedro es: “Arrepíentanse” (Hechos 2:37-38).

Sin embargo, en otros pasajes se nos dice que *creamos* el evangelio. (Es la misma palabra que se traduce como “fe” en el Nuevo Testamento). El carcelero de Filipos hace la pregunta: ¿qué debo hacer para ser salvo?” y Pablo le responde: “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo” (Hechos 16:30-31).

Quizás te preguntes: “Entonces, ¿cuál es? ¿Arrepentirse o creer? Y la respuesta, sin duda, es ambos.

Crear en Jesús no puede separarse del arrepentimiento del pecado. Cuando ponemos nuestra fe en Cristo para restaurar nuestra relación con Dios, estamos, al mismo tiempo, apartándonos del pecado y de una vida centrada en nosotros mismos. Es imposible afirmar tener fe si no nos arrepentimos. Entonces ¿qué es el arrepentimiento en la práctica?

Cuando nos arrepentimos, confesamos que somos pecadores. Reconocemos que nos hemos rebelado contra Dios y que por eso estamos separados de Él. Confesamos que, aparte de Su gracia, estamos muertos espiritual y eternamente. En vez de intentar solucionar nuestro problema del pecado en nuestra propia fuerza, admitimos ante Dios: “No puedo hacer nada en mi propia fuerza. Tengo un problema de pecado que solo Tú puedes resolver”.

El arrepentimiento no solo significa apartarnos de nuestro pecado sino también hacer morir el excesivo amor a nosotros mismos. Vimos en el *hilo 2* que la esencia del pecado es una vida centrada en nosotros mismos, y nos hemos colocado en el trono de Dios. Arrepentirse, entonces, es poner a Dios en el centro de nuestras vidas. Sin duda, esto no significa que la lucha con nuestro egoísmo haya terminado. La tentación de ponernos de nuevo en el lugar que le corresponde a Dios es siempre fuerte, y la lucha será constante. Por eso, el arrepentimiento es siempre necesario en la vida del creyente.

En este punto, pareciera que el arrepentimiento solo tiene que ver con *apartarse de*. Sin embargo, el arrepentimiento también implica acudir a algo—o, mejor dicho, a Alguien—. El arrepentimiento según la Biblia demanda confiar en Jesús como Salvador y Señor (Romanos 10:9). Confiar en Jesús no es algo que puede o no suceder después de arrepentirnos, ni es algo que sucede después de que ha transcurrido un tiempo. El arrepentimiento y la fe suceden al mismo tiempo. Al *apartarnos* del pecado y de una vida centrada en nosotros mismos,

acudimos a Jesús. No se puede hacer una cosa sin la otra; es un solo paquete.

SALVADOR Y SEÑOR

Así como la fe bíblica requiere arrepentirse y creer, también implica confiar en Jesús como Salvador y Señor. Así lo declara Pablo en Romanos 10:9: “si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo”.

Jesús es nuestro Salvador, porque Él es al que Dios levantó de los muertos, logrando para nosotros lo que jamás podríamos hacer por nosotros mismos. Implícita en esta referencia a la resurrección de Cristo está Su muerte por nuestros pecados (ver *hilo 3*). Sin embargo, no solo creemos en Jesús como el Salvador que murió por nosotros. También nos sometemos a Jesús como el Señor que gobierna sobre nosotros.

“Jesús es Señor” es una confesión básica cristiana. La palabra “Señor” es fundamental para la identidad de Cristo como lo vemos en el Nuevo Testamento. Él es “Señor de todos” (Romanos 10:12), y Pablo afirma que “todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo” (v. 13). Aunque a Jesús se le llama “Salvador” solo 2 veces en Hechos, se le llama “Señor” 92 veces. Sin duda, el título dominante para Jesús en el Nuevo Testamento es “Señor”. Esta noción de que Cristo es el Señor de nuestras vidas la refleja Pablo de manera maravillosa en Gálatas 2:20:

Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Pablo afirma que él vive por la fe en Cristo, lo que significa que la fe no es un sentimiento por el que nos dejamos llevar una vez o una respuesta momentánea que no tiene ningún efecto en el resto de la vida de la persona. La fe que se da en un momento en el tiempo lleva a un inevitable crecimiento de la fe conforme pasa el tiempo. Para mayor claridad, nuestra relación con Dios es restaurada, o somos salvos, en el momento en que nos arrepentimos y creemos. Sin embargo, la fe genuina sigue dando fruto en nuestras vidas. ¿Cómo no podría ser así si Jesús es nuestro Señor?

Quizás estás leyendo este libro y nunca te has apartado de tu pecado y de una vida centrada en ti mismo. Nunca has confiado en Jesús como tu Salvador ni te has sometido a Él como tu Señor. La buena noticia es que puedes hacerlo ahora. Simplemente, debes arrepentirte y creer, y tu relación con Dios será restaurada para siempre (Juan 3:16). Hay una urgencia de que respondas ahora porque las consecuencias de no hacerlo son eternas. Este es el tema del *hilo* 5.

ENTRELAZANDO EL HILO 4: LA NECESIDAD DE LA FE

APROVECHA CADA OPORTUNIDAD PARA CONTAR TU HISTORIA.

- Que sea sencilla.
- Que esté centrada...
 - en la grandeza de Dios.
 - en los hilos del evangelio.
- Que sea fácil de entender.
- Sé humilde y constante en la oración.
- Sé apasionado y sé tú mismo.

HABLA SOBRE LA RESTAURACIÓN.

- En las conversaciones sobre la culpa, habla sobre el perdón en Cristo.
- En las conversaciones sobre la vergüenza, habla sobre el honor en Cristo.
- En tus conversaciones sobre el temor, habla sobre la libertad en Cristo.

HABLA SOBRE VENIR A ÉL.

- Enfatiza la misericordia de Cristo cuando las personas a tu alrededor ven su pecado.
- Enfatiza la presencia de Cristo cuando las personas a tu alrededor reconocen que necesitan ayuda.

HABLA SOBRE CONFÍAR.

- Anima a las personas a tu alrededor a ver el señorío de Cristo.
- Insta a las personas a tu alrededor a recibir el amor de Cristo.

HABLA CON LOS NIÑOS SOBRE LA FE.

- Busca aumentar la participación de los que intervienen en la comunicación.
- Usa ilustraciones.
- Usa la repetición.
 - Enfatiza siempre los hilos del evangelio.
 - Anima siempre a tener la actitud de acudir a Cristo y confiar en Él.

HABLA SOBRE LA FE CON LAS PERSONAS QUE SON CULTURALMENTE CRISTIANAS.

- Haz preguntas que provoquen la mente.
- Evita (o al menos define con claridad) términos demasiado conocidos.
- Invítalos a estudiar la Biblia contigo.
- Exponlos a una buena comunidad y a buenos recursos saturados con el evangelio.
- Con valentía, haz el llamado para que se vuelvan a Cristo y pongan su confianza en Él.
- Intencional y humildemente entrelaza los hilos del evangelio.



HILO CINCO

**LA
URGENCIA
DE LA
ETERNIDAD**



HAY UNA PREGUNTA QUE NO salta a la vista en los hilos anteriores, pero que no podemos ignorar : ¿Qué está en juego en nuestra respuesta a Jesús? Y, ¿por qué es tan urgente que entrelacemos los hilos del evangelio dentro de nuestras conversaciones con los no creyentes?

Como veremos en el *hilo 5*, el destino eterno de cada persona depende de su respuesta a Jesús.

Comprendo las implicaciones de esta audaz declaración, pero es lo que enseña la Escritura. El lugar donde pasarás la eternidad—miles de millones de años sin fin— depende de tu respuesta a Jesús. Por eso el *hilo 5*, la urgencia de la eternidad, debe afectar la manera en que planteamos los otros hilos del evangelio. Necesitamos saber lo que sucede con las personas que se *apartan de* Jesús así como lo que sucede con las personas que *confían en* Jesús. Lo que puedes ganar o perder depende de tu respuesta.

UNA TRISTE Y DURA REALIDAD

Cuando hablamos sobre el destino de los que no son seguidores de Cristo, nos estamos metiendo en un tema que no es popular ni políticamente correcto en nuestros días. La idea de que algunas personas estarán separadas de Dios eternamente en un lugar llamado infierno es algo difícil de admitir. El mundo encuentra la idea del juicio de Dios repulsiva o irrelevante. Incluso algunos que han declarado públicamente su fe en Cristo sienten la necesidad de disculparse por el infierno.

Quizás has escuchado el argumento que el infierno se asocia con “el Dios del Antiguo Testamento”. Jesús, se dice, dejó un sendero diferente, uno de amor. Sin embargo, Jesús habló mucho sobre el infierno. Él les dijo a Sus discípulos: “Teman a Aquel que puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28). Y les advirtió de las consecuencias eternas de vivir en pecado:

“Si tu mano te es ocasión de pecar, córtala; te es mejor entrar en la vida manco, que teniendo las dos manos ir al infierno, al fuego que no se apaga, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se apaga. Y si tu pie te es ocasión de pecar, córtalo; te es mejor entrar cojo a la vida, que teniendo los dos pies ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere y el fuego no se apaga. Y si tu ojo te es ocasión de pecar, sácatelo; te es mejor entrar en el reino de Dios con un solo ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se apaga”, Marcos 9:43-48.

Se pueden dar otros ejemplos de la enseñanza de Jesús,⁸ pero el punto es claro: el infierno es una terrible realidad para los que se apartan de Jesús. Tim Keller comenta, “Si Jesús, el Señor del amor y Autor de la gracia habló sobre el infierno, de manera más vívida y escalofriante, con más frecuencia que cualquier otra persona, debe ser una verdad crucial”.⁹ Asimismo el apóstol

Pablo usó imágenes insólitas para hablar sobre el juicio de Dios. Él afirmó que Cristo vendrá

“...en llama de fuego, dando castigo a los que no conocen a Dios, y a los que no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús. Estos sufrirán el castigo de eterna destrucción, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”, 2 Tesalonicenses 1:7b-9.

Estas imágenes nos hacen reflexionar, y están por toda la Biblia. Existe un gran debate sobre si las figuras de fuego, oscuridad y destrucción que aparecen en la Biblia, deben tomarse literal o simbólicamente. Pero aunque estas descripciones fueran simbólicas, apuntan a algo literal. El propósito de los símbolos, al fin y al cabo, es representar algo real, a menudo algo difícil de describir. Independientemente de cómo entendemos estas *imágenes* que se relacionan con el infierno, la Biblia enseña que la realidad del infierno es segura y sombría.

REBELIÓN CONTINUA

Para algunas personas, el infierno les parece un castigo arbitrario y cruel aplicado por una deidad enojada. Pero según las verdades que hemos considerado en los hilos anteriores –en particular la santidad de Dios (*hilo 1*) y la pecaminosidad del hombre (*hilo 2*)– el infierno es la consecuencia natural de nuestra rebelión contra Dios y de nuestra separación de Él. No es que Dios rechace nuestras súplicas por misericordia. Nosotros *escogimos*

rebelarnos contra Él y, como parte de Su juicio, Él nos entrega a nuestros deseos pecaminosos. El infierno es un lugar de rebelión continua contra Dios.

SEPARACIÓN FINAL

Si el infierno es un lugar de rebelión continua, entonces es también un lugar de separación final. Uno de los aspectos más sombríos de estar separados de Dios al momento de morir es su permanencia. El infierno es eterno. Puede parecer un castigo demasiado severo, pero es proporcional a la seriedad del crimen. El pecado contra un Dios infinitamente santo merece justicia infinita y condenación eterna. Este es el testimonio consistente de la Escritura.

Jesús se refiere a un lugar “donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se apaga” (Marcos 9:48); Él lo llama “fuego eterno que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41); el infierno es “castigo eterno” (v. 46). Asimismo Pablo habla de “eterna destrucción” (1 Tesalonicenses 1:9). Cuando llegamos al último libro de la Biblia, Juan afirma que los que rechazaron a Dios “el humo de su tormento asciende por los siglos de los siglos. No tienen reposo, ni de día ni de noche...” (Apocalipsis 14:11). Al reflexionar en la condición eterna del juicio de Dios, el puritano Thomas Watson aseguró,

Así es en el infierno, morirían, pero no pueden; los impíos estarán siempre muriendo sin morir: “el humo del horno asciende por los siglos de los

siglos”. ¡Oh! ¿Quién puede soportar estar siempre en esta total devastación? Esta palabra “siempre” rompe el corazón.¹⁰

Muchas personas, incluso algunos cristianos, oyen lo que la Escritura enseña sobre el infierno y les parece injusto. Pero antes de que acusemos a Dios, debemos darnos cuenta de quiénes somos y quién es Él. Dios es perfecto en sabiduría, conocimiento, santidad y justicia. Nosotros, en cambio, somos seres finitos, limitados en nuestro entendimiento. Nuestros pensamientos y motivaciones han sido distorsionados por el pecado, así que no estamos en posición de cuestionar a Dios. Él es la fuente de toda sabiduría y conocimiento. Debemos confiar que Su juicio es siempre justo (Génesis 18:25).

En conclusión, la Escritura enseña que el infierno es una realidad eterna y terrible para todos los que no se han arrepentido de sus pecados y puesto su fe en Jesucristo. Pero, por la gracia de Dios, el infierno no es la única opción para los pecadores.

UNA REALIDAD GLORIOSA

Las buenas noticias del evangelio es que aunque merecemos el castigo de Dios por nuestros pecados, Él ha tomado ese castigo sobre Sí mismo en la persona de Su Hijo. La muerte de Cristo en la cruz, y Su victoria sobre la muerte en la resurrección, da a los creyentes esperanza eterna. El cielo es una realidad gloriosa para los que confían en Jesús. Ellos pueden anunciar junto con

Pablo: “nuestra ciudadanía está en los cielos” (Filipenses 3:20). Entonces lo más lógico es querer saber cómo es el cielo.

RECONCILIACIÓN TOTAL

Mientras que el infierno es un lugar de rebelión continua, el cielo es un lugar de reconciliación total. Escucha las palabras de Apocalipsis 21:3, la consumación de la historia bíblica: “El tabernáculo de Dios está entre los hombres, y Él habitará entre ellos y ellos serán Su pueblo”.

La Biblia inicia con la narración sobre Adán y Eva, quienes habitaban con Dios en el huerto de Edén (Génesis 1-2), pero esta relación se arruinó por el pecado (Génesis 3). Sin embargo, cuando llegamos al final de la Biblia, descubrimos que la habitación de Dios con el hombre será completamente restaurada (Apocalipsis 21-22). El lenguaje figurado es glorioso: estaremos con Dios, como sacerdotes que viven en un templo, como una esposa que se une a su Esposo, como hijos que se unen con su Padre, como herederos de un Rey que disfrutan de su herencia con Él, como invitados al banquete de todos los banquetes. Estas analogías nos ayudan a ver cómo es la reconciliación total.

RESTAURACIÓN COMPLETA

Como si la reconciliación total no fuera suficiente, la Biblia declara que el cielo es un lugar de restauración

completa. Estaremos totalmente libres de pecado, ya no seremos seducidos por la tentación. Seremos totalmente libres para obedecer.

El cielo es un lugar donde el pecado será impensable y, en última instancia, indeseable. Sin embargo, la realidad de la restauración espiritual no debe llevarnos a pensar en el cielo como una tierra etérea donde los espíritus están tocando arpas sobre las nubes. El cielo es también un lugar de restauración *física*.

Tristemente, muchos cristianos piensan que el cielo es algo aburrido. Imaginan una existencia estática e incorpórea que dura por los siglos de los siglos. Menos mal que Dios nos da mucho más en qué esperar. La Biblia describe la recompensa final del cristiano como una nueva tierra, una tierra restaurada, donde comeremos, beberemos, trabajaremos, jugaremos, exploraremos y descubriremos nuevas cosas en cuerpos glorificados, resucitados en una creación totalmente nueva. Nuestra restauración también será mental y emocional. Mental porque nuestro conocimiento de Dios será absolutamente correcto. Emocional porque nuestros anhelos serán completamente satisfechos, y nuestros deseos serán totalmente confiables. No habrá conflicto entre lo que queremos hacer y lo que debemos hacer.

REUNIÓN FINAL

Además, el cielo será un lugar de reunión final. No es una recompensa a nivel individual, sino colectiva. Pablo afirma que “*nuestra* ciudadanía está en los cielos”

(Filipenses 3:20, énfasis mío). Este aspecto colectivo del cielo se refleja en las palabras del autor a los Hebreos:

“Ustedes, en cambio, se han acercado al monte Sión y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, a la asamblea general e iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos, y a Dios, el Juez de todos, y a los espíritus de los justos hechos ya perfectos”, Hebreos 12:22-23.

El cielo es un lugar donde el pueblo de Dios se reconocerá y amará como una familia delante del Padre. Será una reunión de personas de toda nación y de todas las generaciones. Nos reuniremos con los que hemos conocido y amado, así como con hermanos y hermanas en Cristo a quienes aún no hemos conocido, y la alegría no tendrá fin. Esto es el cielo, la firme esperanza para quienes nos hemos apartado del pecado y de una vida centrada en nosotros mismos y hemos confiado en Jesús.

UNA RESPUESTA CRÍTICA

Si no has puesto la fe en Jesucristo, debes detenerte y considerar que lo que está en riesgo depende de tu respuesta al evangelio. La vida eterna y la muerte eterna penden de un hilo. Cada uno de nosotros debe contestar la pregunta: ¿Te apartas de Jesús o confías en Él?

APARTARSE DE JESÚS

Hay diferentes maneras de apartarse de Jesús. Puedes rechazarlo de manera verbal y pública, o puedes estar de acuerdo mentalmente con las verdades del evangelio pero rechazas someterte a Su señorío. Puedes incluso ser un miembro activo de una iglesia que cree y proclama el evangelio pero no conoces verdaderamente a Jesucristo. A la postre, el resultado es el mismo. Si decides vivir sin Cristo ahora, morirás sin Cristo para siempre. Pero, gracias a Dios, no es esa la única opción.

CONFIAR EN JESÚS

Si te apartas de tu pecado y de una vida centrada en ti mismo y pones tu confianza en lo que Dios ha hecho por ti en Cristo—Su vida, Su muerte y Su resurrección—entonces puedes morir con Cristo ahora y vivir con Cristo para siempre.

Te animo a que tomes esta segunda opción. Apártate de tu pecado y de una vida centrada en ti mismo y confía en Jesús como Salvador y Señor. No importa que tengas 8, 18 u 88 años, morirás, y a Satanás nada le gustaría más que distraerte de la urgencia de la eternidad. Él ama usar los programas de televisión, los videojuegos, las redes sociales, y cualquier cosa para que no pienses en lo que realmente importa. Despierta a la realidad de la eternidad. Puedes experimentar la alegría eterna o enfrentar la ira eterna.

¿Cómo responderás?

ENTRELAZANDO EL HILO 5: LA URGENCIA DE LA ETERNIDAD

REDUCE LO MÁS POSIBLE TUS CONVERSACIONES SOBRE LAS COSAS TEMPORALES.

APROVECHA AL MÁXIMO TUS CONVERSACIONES SOBRE LAS COSAS ETERNAS.

HABLA SOBRE EL INFIERNO.

- Habla sobre el carácter de Dios con confianza y humildad.
- Habla sobre el juicio de Dios con temor saludable.
- Habla sobre la ira de Dios con compasión sincera.

HABLA SOBRE EL CIELO.

- Habla como si este mundo no fuera tu esperanza.
- Vive como si este mundo no fuera tu hogar.
- Habla sobre tu esperanza de estar con Dios.
- Habla sobre tu entendimiento de que morir es ganancia.



PREGUNTAS FINALES

SERÍA FÁCIL TERMINAR ESTE libro y sentirse satisfecho de que has aprendido algunas cosas o al menos has recordado algunas verdades importantes. Tal vez, tienes una mejor comprensión del carácter de Dios, la pecaminosidad del hombre, la suficiencia de Cristo, la necesidad de la fe, y la urgencia de la eternidad. Pero detenerse en este punto sería perder lo esencial.

La meta de este libro no es simplemente aprender *sobre* los hilos del evangelio, aunque este es un primer paso necesario. La meta es entrelazar los hilos del evangelio con nuestras vidas y conversaciones cotidianas, por lo que debemos concluir haciendo tres preguntas importantes.

1. ¿COMPRENDEMOS LA CONDICIÓN DE LAS PERSONAS QUE ESTÁN SEPARADAS DE CRISTO?

¿Realmente creemos que las personas con las que vivimos y trabajamos, las personas que vemos en las tiendas y los restaurantes, van al infierno si no han puesto la fe en Cristo? ¿Qué tal de los miles de millones que no vemos y que nunca han oído de Cristo?

En la actualidad, se estima que más de tres mil millones (3000 000 000) de personas en el mundo se consideran no alcanzadas, lo que significa que tienen poco o ningún acceso al evangelio.¹¹ Eso se suma a los que tienen acceso al evangelio pero nunca han puesto su confianza en Cristo. A menos que algo cambie, estos individuos irán al infierno para siempre. No tenemos tiempo para desperdiciar nuestras vidas, nuestras familias, o los recursos de la iglesia para promover una versión del sueño americano que enfatiza la comodidad material y la prosperidad mientras se mantienen ciertos valores cristianos. Hay que vivir con un sentido de urgencia a la luz de la eternidad.

2. ¿TENEMOS EL CORAZÓN DE CRISTO?

Conocer la condición de las personas que están separadas de Cristo debería impulsarnos a entrelazar los hilos del evangelio, pero esa no debe ser nuestra única motivación. Nuestra pasión por alcanzar a los no creyentes será superficial y breve si no tenemos el corazón de Cristo. Cada uno de nosotros ha sido marcado y manchado por el pecado. Estamos llenos de autocomplacencia y superioridad moral. Pero Dios nos ha cambiado. Él nos ha extendido Su gracia y nos ha salvado del juicio que merecemos. Él ha transformado nuestros corazones y ha alterado nuestras vidas. Entonces, la pregunta es: ¿Anhelamos que haga lo mismo en la vida de otros? Sin duda, nosotros que conocemos el amor

de Cristo deberíamos sentirnos impulsados por el corazón de Cristo a extender ese amor a otros!

3. ¿QUEREMOS QUE NUESTRAS VIDAS SEAN ÚTILES?

Si conocemos la condición de las personas que están separadas de Cristo y si tenemos el corazón de Cristo, ¿estamos dispuestos a arriesgar nuestra reputación, superar las dificultades o la vergüenza, o hacer lo que sea necesario para dar nuestras vidas por el evangelio? Es el tipo de perspectiva que anuncia el apóstol Pablo:

“Pero en ninguna manera estimo mi vida como valiosa para mí mismo, a fin de poder terminar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio solemnemente del evangelio de la gracia de Dios”, Hechos 20:24.

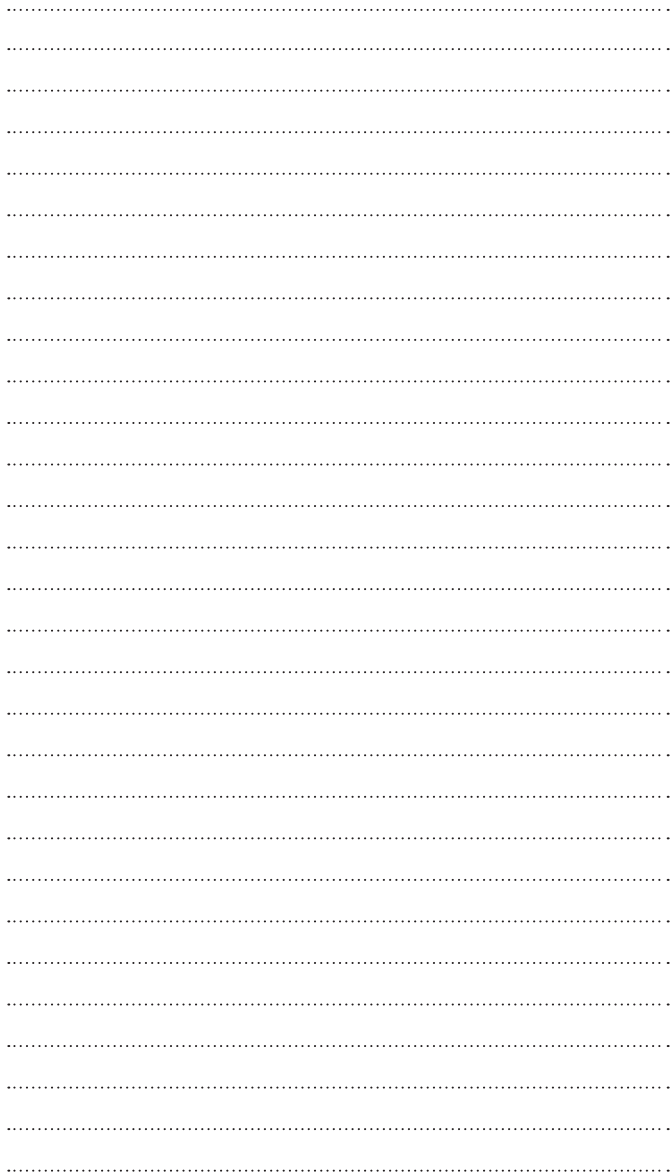
A Pablo no le importó la comodidad ni la seguridad en este mundo. En cambio, sí quería que su vida hiciera una diferencia en la propagación del evangelio. De acá a diez mil millones de años, ¿desearemos haber hecho más dinero? ¿Haber tenido más comodidades? ¿Haber vivido más para nosotros mismos? Estamos en el umbral de la eternidad. John Piper escribe lo siguiente:

Cuando sabes la verdad sobre lo que te pasa después de morir, y lo crees, y te sientes satisfecho con todo lo que Dios será para ti en los siglos venideros, esa verdad te hace verdaderamente libre. Libre de los

placeres efímeros, superficiales y suicidas del pecado, y libre para los sacrificios de la misión y el ministerio que hacen que las personas den la gloria a nuestro Padre en los cielos.¹²

Entrega tu vida a Dios y pídele que la use para la expansión del evangelio en tu ciudad y hasta los confines de la tierra. Esta es la única reacción lógica para los que creen en el carácter de Dios, la pecaminosidad del hombre, la suficiencia de Cristo, la necesidad de la fe, y la urgencia de la eternidad. Entrelacemos estos hilos y pidamos a Dios que los use para el bien eterno de otros y para Su gloria eterna.







NOTAS

1. John Stott, *Por qué soy cristiano* (Publicaciones Andamio, 2007), 67.
2. Para ejemplos de la soberanía divina sobre la creación, ver Job 38:8-11; Salmos 135:6-7; 147:8; 148:7-10. Ver además el señorío de Jesús sobre los vientos y el mar en Mateo 8:26.
3. John Stott, *Por qué soy cristiano* (Publicaciones Andamio, 2007), 37-38.
4. C. S. Lewis, *Mero Cristianismo* (Ediciones Rialp, S. A., 2017)
5. John Stott, *La Cruz de Cristo* (Barcelona, Buenos Aires, La Paz, Quito: Ediciones Certeza, 1996), 180.
6. Frank Newport, “Percentage of Christians in U.S. Drifting Down, but Still High,” [El porcentaje de cristianos en Estados Unidos, en descenso, pero todavía alto] Gallup, 24 de diciembre, 2015, www.gallup.com/poll/187955/percentage-christians-drifting-down-high.aspx.
7. Ver el énfasis en el arrepentimiento en Hechos a medida que el evangelio se extiende a través del mundo conocido: Hechos 3:19; 5:31; 8:22; 17:30; 26:20.
8. Para otros ejemplos donde Jesús se refiere al infierno, ver los siguientes pasajes: Mateo 5:22, 29, 30; 16:18; 18:9; 23:15, 33; Lucas 12:5.
9. Tim Keller, “The Importance of Hell” [“La importancia del infierno”], The Redeemer Reports, Redeemer Presbyterian Church, agosto de 2009, www.redeemer.com/redeemer-report/article/the_importance_of_hell
10. *Farewell Sermons of Some of the Most Eminent of the Nonconformist Preachers* [Sermones de despedida de algunos de los predicadores más eminentes que no se conformaron a la iglesia establecida de Inglaterra] (Londres: Gale y Fenner, 1816), 220, <https://archive.org/details/cu31924029358789>.

11. Para estadísticas que se relacionan con los grupos y lugares de pueblos no alcanzados, ver joshuaproject.net and stratus.earth. Para aprender más sobre el término “no alcanzado”, ver el artículo que se titula “¿Quiénes son los no alcanzados?” en radical.net.
12. John Piper, *Future Grace: The Purifying Power of the Promises of God* [*Gracia verdadera: El poder purificador de las promesas de Dios*], edición revisada (Colorado Springs: Multnomah Books, 2012), 369–70.



QUIÉN ES DAVID PLATT

David Platt sirve como pastor en el área metropolitana de Washington, D.C. Es el fundador de Radical.

David recibió su doctorado del New Orleans Baptist Theological Seminary [Seminario Teológico Bautista de Nueva Orleans] y es el autor de *Radical*, *Sígueme*, *Contracultura* y *Algo tiene que cambiar*, así como los varios volúmenes de la serie *Christ-Centered Exposition Commentary* [Comentario expositivo centrado en Cristo].

Vive junto con su esposa e hijos en el área metropolitana de Washington, D.C.



QUÉ ES RADICAL

Radical sirve a la iglesia al equipar a los cristianos para que sigan a Jesús y lo den a conocer en sus vecindarios y en las naciones. En los lugares donde el evangelio ya es accesible, trabajamos para que la iglesia tome conciencia y se movilice. En las áreas donde el acceso al evangelio es limitado, trabajamos para que avance el evangelio y se planten iglesias.

Para conocer más sobre Radical y participar en este ministerio, visítanos en radical.net.

Dar a conocer a Cristo entre los no alcanzados



Ofrenda hoy

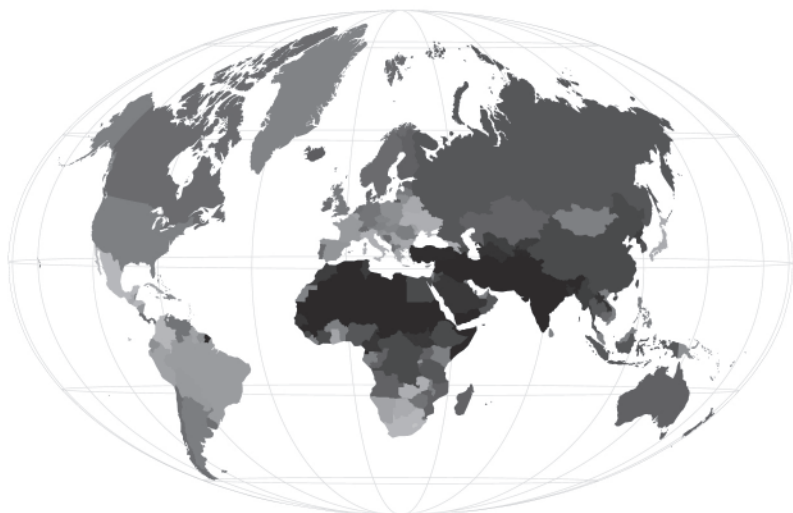
urgentneeds.org





CAPACITACIÓN

Un programa de 8 meses que busca capacitar a los participantes para la expansión del evangelio.



Aplica hoy

radical.net/training



NATIVOS & NACIONES

Historias de la obra de Dios alrededor del mundo

 youtube.com/@followradical





